

## ESPELEOLOGIA

# En las entrañas de la tierra

## La expedición española puso fin a su periplo caucásico tras descender a 1.410 metros y quedarse tan sólo a 200 de batir el récord mundial de profundidad por falta de tiempo

ÁLVARO PALOMO

SEVILLA. Ya están de vuelta. Los espeleólogos de varios países, la mayoría españoles, que se lanzaron a una aventura en el Cáucaso a finales de agosto en busca de batir el récord mundial de profundidad, han regresado después de un mes lejos de sus hogares. Se han quedado a 200 metros del récord. Al fin y al cabo, eso es lo que menos importa después de la excelente experiencia que han vivido y las numerosas anécdotas que se traen de aquellas frías tierras.

Los espeleólogos han bajado por la sima Krubera hasta 1.410 metros de profundidad, viéndose obligados a abandonar el descenso por cuestiones de tiempo. Costó demasiado esfuerzo cruzar la frontera. "Estuvimos cinco días dando vueltas por Moscú y otras zonas de Rusia para obtener el permiso para superar la frontera con destino a la República de Abkhazia, sometida al bloqueo ruso", asegura el sevillano Sergio García, coordinador de la expedición. La negativa se repitió en la oficina de inmigración, en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, por supuesto, en las embajadas.

Por aire en helicóptero, por agua en barco y por las montañas

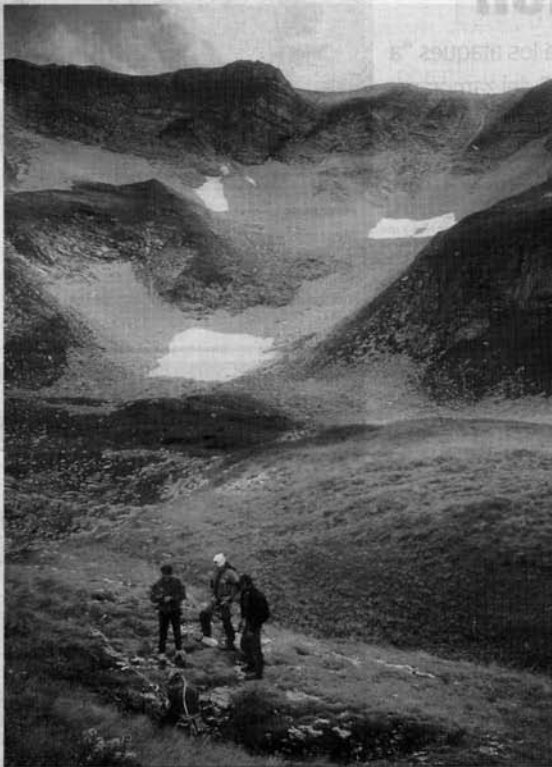
**DIFICULTADES**

*Los expedicionarios encontraron diversos problemas en su misión, sobre todo a la hora de cruzar la frontera*

fue imposible. El control del ejército ruso en las alamedas que señalaban la frontera imposibilitaba cualquier intento de pasar al otro lado. Al final, un panadero fue la solución. Junto a las lindes de hierro, los aventureros encontraron una enorme panadería donde entraron esperando encontrar la respuesta a su pregunta: ¿cómo podemos llegar a Abkhazia? Por suerte para ellos, el dueño de la tienda resultó ser una de estas personas que ayudan a otras a entrar en la República vecina a cambio de unos cuantos rublos. Setecientos pesetas por persona le costó a los espeleólogos convencer al panadero para que moviera sus hilos, sobornara a dos soldados y permitiera a la expedición cruzar el río Psou por la noche.

Una vez superada la prueba de fuego y tras perderse el bote del camión militar que les esperaba en el otro lado del río, se dirigieron al macizo de Arábika. A 50 metros de la sima Krubera instalaron el campamento base, con la ayuda de militares de Abkhazia, un país fantasma, según los expedicionarios.

Un par de días después de lo previsto comenzaron a tomar contacto con la sima. Antes que nada había que desmenuar el material ruso de la primera fase de la aven-



DESCENSO. Al pie de las montañas, los expedicionarios entran en la boca de la sima.



APUNTES. Un espeleólogo hace el estudio topográfico.

**ESTILO DIRECTO**

**Sergio García:**  
"El año que viene repetiremos"



El coordinador de la expedición, Sergio García Dils, lejos de amilanarse ante las dificultades a las que han tenido que hacer frente tanto a la hora de cruzar la frontera como al descender por la sima, ya anuncia que el que viene repetirá su experiencia: "Hemos bajado a 1.410 metros pero la cueva sigue tirando y es muy posible que se pueda batir el récord; en cualquier caso, en 2001 lo comprobaremos porque nuestra intención es volver por estas fechas a tomar contacto con Krubera". Aparte de la buena disposición de la sima para seguir explorando, "el buen ambiente entre los componentes de expedición y el magnífico trabajo en equipo es otra de las razones que me empuja a volver allí, sin obviar por supuesto el factor emoción y lo vivo que nos sentimos", señala.

tura pues, según el sevillano García Dils, ellos llevaban complementos de mayor garantía.

Diez espeleólogos, como máximo ocho dentro de la grieta, en varios turnos iban ganándole metros a una sima donde se instalaron dos vivacs o campamentos, uno a -500 metros y el otro a -1200, para pasar las noches. Mientras que el segundo estaba ubicado en una zona horizontal fuera de cualquier peligro, el vivac a 500 metros de profundidad, en el trancurso vertical de la cueva, estaba a merced de las piedras que caían desde la superficie o debido a desprendimientos interiores. Un riesgo más que se une al mayor hándicap que tuvieron que soportar los sufridos expedicionarios: las crecidas de agua. La cercanía del mar y la ubicación de la entrada a la sima en un valle provocaban que, cada vez que lloviese, las subidas de marea causarían inundaciones en el interior de Krubera, obligando a los

espeleólogos a refugiarse en las tiendas.

Cuando los calendarios indicaban que tenían que desmontar el chiringuito, Sergio García Dils sufrió un accidente a 500 metros al calentar demasiado el camping-gas, que explotó causándole quemaduras. "Con la calma y el oficio que se le tomó era asombrosa", confiesa Luis Javier Le Pera, el más joven de todos, que hace una simpática clasificación de los integrantes del grupo dividiéndolo en supermáquinas, medios y de apoyo, donde se incluía él junto a otro compañero por su menor experiencia y peor forma física.

Para volver, otra vez debieron montarse en una furgoneta y cambiarse de ropa para disimular su procedencia. Divididos en dos grupos, algunos volvieron el día 19 y otros se quedaron en Moscú para solucionar algunos temas topográficos. En resumen, una historia propia de Julio Verne.